

LO QUE SE APRENDE EN AMISTAD WHAT IS LEARNED IN FRIENDSHIP

Gabriela Milone*

Franca Maccioni**

Silvana Santucci***

Hay cosas que se aprenden con lxs amigxs. Me corrijo: hay cosas que *sólo* se aprenden en amistad. ¿Alguien podría pensar en otra manera del aprendizaje de la risa? A reírme, insisto, aprendí con amigxs. Pero hay amigxs que se ríen mejor, que se ríen bien, que se ríen siempre (o nunca, en esa lógica inversa que da el mismo resultado). A reírse se aprende en comunidad. Pero hay siempre alguien, un *cualsea*, que se destaca: la risa es la comunidad de lxs que se destacan, de lxs que se confunden, de lxs que se abandonan a una continuidad irrecuperable pero experimentable por esos destellos de estertores donde lo sonoro de una voz imposible nos ataca. Todo esto ya lo sabemos por Bataille. Pero para mí la cifra está en una risa, en una singular y única risa: La Risa de Antonio Carlos Santos. La Carcajada de Caco. Inolvidable. Maestra. Surco sonoro brindado al mundo como aprendizaje único. Si algo quisiera agradecerle al azar de los encuentros, a eso que llamamos Amistad, es el aprendizaje de la risa por La Risa de Caco. La risa abre el mundo, lo sabemos. Lo abre en un continuo sonoro raro, hecho de jadeos, balbuceos, repeticiones, respiraciones inauditas ¡y hasta de lágrimas! La risa es agua salada. La risa es sonido de una voz *otra*. ¿Pre-lingüística? ¿Pos-lingüística? ¿Nos interesan los prefijos? No. Nos interesa lo que aprendemos desde siempre en amistad. Y nos interesa la voz: eso también lo aprendí de y con Caco. A detener el pensamiento ahí donde nos lleva la voz cantada, la música. No, me corrijo: el pensamiento no se detiene con la música, el pensamiento se hace otra cosa. No nos interesan las definiciones: se hace otra cosa y la imaginación es cuerda y la cuerda es corazón, es lengua. Quignard decía que los músicos de verdad son los que logran aflojar la cuerda de la lengua. La cuerda floja es una metáfora de mala prensa, pero tampoco nos interesa porque le corresponde al orden de lo que se aprende en esos Otros Lugares que no son La Amistad. La cuerda floja es el anuncio de la cuerda tensada: la que vibra y canta, la que se abre y ríe. Creemos que detenemos el pensamiento cuando viene la música, pero no. Creemos que la cuerda floja es peligrosa, pero no. Creemos que la risa es una de esas cosas que no se aprenden, pero no. Quien sabe reírse sabe muchas cosas. No es un proverbio pseudo-oriental. Quien sabe de la risa sabe del abandono de la boca a los sonidos que la habitan.

* Investigadora Adjunta de Conicet y docente de la carrera de Letras Modernas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. E-mail: gabymilone@gmail.com.

** Doctora en Letras (UNC) e investigadora asistente de Conicet. Integra el equipo de investigación "Perspectivas materialistas. Un abordaje crítico de escrituras contemporáneas" dirigido por la Dra. Milone. Conformar el comité editorial de Prebanda Ediciones. E-mail: franca.maccioni@gmail.com

*** Investigadora Asistente CONICET. Docente Profesorado de Lengua y Literatura, Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Entre Ríos, Argentina. E-mail: silvanasantucci@gmail.com.

Quien sabe reírse, creo, sabe también cantar. No hablo de técnicas. Hablo de ficciones. De esas zonas de abandono donde aprendemos las apelaciones sensibles a la alegría. La alegría, que desde acá decimos –justamente ¡con una canción!- que no es sólo brasilera, tuvo lugar, sí, para mí, en una casa, abierta de par en par a la amistad, en cuya escena había un instrumento de cuerdas, una guitarra que Caco hacía sonar maravillosamente, y en el centro de la escena había una risa implacable, inapelable, una de esas risas que nos llevan a Los Mundos de la Amistad donde –lo sabemos– todo está bien.

Insistamos. Hay cosas que se aprenden con lxs amigxs. Pero también hay cosas que sólo se *desaprenden* en amistad. Quizás allí radique también la magia de los encuentros felices, su potencia de ser un hechizo poderoso capaz de liberarnos de los demonios plurales del imaginario que cada uno lleva dentro. Conocí a Antonio Carlos Santos, alias Caco, en un viaje. Pero un viaje que fue también mi primera estancia laboral en un lugar que no era el mío. Quizás por esa maldición que lleva todo lo iniciático, la aventura de lo desconocido peligraba, para mí, ante el reconocimiento de las trampas del imaginario que me acompañan largamente, de las que soy presa y amenazan con ser interminables. Porque a veces podemos ser como esas fuentes desconocidas de los pantanos que burbujan un sinfín irrefrenable de formas del miedo (al trabajo, a la falta, a las jerarquías, a las evaluaciones, a las impotencias y el plop podría ser aquí infinito). Pero por suerte están los otros, los amigos que también son legión. Y estuvo Caco, allí, marcando con su forma voluptuosa, sensible, con su alegría reversible de vivir/trabajar, un camino (un método) de placer que abrió para mí un modo de reparar lo escindido, que inauguró una forma de disfrutar del trabajo del lenguaje por la misma vía por la que gozamos del cuerpo. Porque, lo se ahora, gracias a esas verdades que se abren en común, que el lenguaje es una piel que se estremece por el tacto y el contacto con los otros y lo otro. Que ficciona por eso sus modos de insistir en la fricción; que imagina haciendo en el roce. Eso fue, básicamente, lo que pudimos escribir juntos. Unas pocas líneas, un título, un emblema casi que figuraba un modo singular de producción de investigaciones por venir: imaginar/hacer: ficciones y fricciones. El resto, fueron nombres propios de autores que anotamos para invitarlos a formar parte de nuestra comunidad de amigos y de pensamiento. Pero lo más importante, claro, fue el soporte de esa escritura, la escena que la hizo posible. Caco nos invitó a su casa y abrió un espacio (¿una estancia?) dispuesto con todo lo necesario para que la escritura sea una fiesta: comimos, bebimos, nos reímos, hubo tortas y flores. Y también hubo música. El canto de Caco tuvo para mí el efecto de encanto de un sireno. Como aquel que, según relata Quignard, hechizó a Butes con un llamado a abandonar la percusión ritmada del trabajo órfico, a liberarse de todas las precauciones, ataduras y miedos, para saltar y jugar a fondo perdido. Quiero decir, ese canto funcionó en mí también como una advertencia: dejé de remarla, el pensamiento, la vida incluso, no vale nada si no se vuelve hacia la alegría. Desde entonces, y cada vez que puedo, actualizo el recuerdo de ese hechizo amistoso que me reveló por azar algo que hasta ese momento me era desconocido y lo repito metódicamente para constatar que aún no ha perdido su poder.

Volvamos a insistir en la figura de Antonio Carlos Santos, su personaje, como sustrato de un poder plasmático y una felicidad cohesiva, contagiosa, vibrante como el estallido lento de algunas formas floridas. Sus orquídeas, sus pitangas, frutos sutiles del trabajo vegetal que cuesta inscribir como humano se corresponden con caracteres que podemos destacarle. No tenemos tan buen clima como Brasil para hacer gala infernalmente de maravillosas orquídeas. Nos cuesta mucho que crezcan y vivan como en su patio. Ocurre lo mismo con las condiciones para que el surgimiento de profesores como Caco acontezca. En un argentinismo barrial y sin pretensiones académicas diríamos que Antonio Carlos Santos es *todo lo que está bien*. Hace parecer fáciles cuestiones que responden a órdenes muy difíciles. Esas que se aprenden y desaprenden en amistad, pero también, esas que hacen recordar la belleza silenciosa de compartir *por natureza*. Así como no puede haber samba en soledad, ni carnaval privado, no hay posibilidad de pensar una academia sin comunidad. Por supuesto, las hay de diversas formas y estilos. La propuesta de Caco, sin riesgo de equivocarme, es para mí el mejor de los estilos. Samba semanal na esquina como ritual religioso con vecinxs, ja quisiera, *desejo*. Por otro lado, sin tratar de imaginar o reponer aquello que desconozco de su persona, pero con la certeza de que estoy valorando con justa precisión lo que experimentamos a su lado, es evidente que cualquiera que lo conozca podría coincidir conmigo. No exagero. No se llega a ser Caco sin una gran dosis de sabiduría en relación con lo bueno de la vida y con aquello que cuesta la dedicación que sólo los buenos artesanos del tiempo que vale la pena saben trabajar con perspectiva. La música, la naturaleza, los lenguajes, la literatura acompañan deliberada pero levemente esta vida en Campeche. Me costó un viaje larguísimo llegar en taxi a su casa, llegué tarde porque había decidido no perderme una clase de Raúl Antelo (otro de los lujos que suelen suceder sólo en Florianópolis y por los que cualquier esfuerzo vale la pena). Teníamos en realidad una reunión para escribir un proyecto/convenio interuniversidades que derivó en una fiesta. Perdón si esa no es la academia que queremos homenajear, pero es uno de los mejores atajos y sorpresas que la burocracia me ha ofrecido hasta ahora. Sin dudas en la casa de Caco encontramos uno de los mayores espacios para crear en felicidad o a la inversa, como dijera Bergson, hubo creación porque antes hubo felicidad. Esto lo sé por Milone y por todos los trabajos que articulamos años después con Maccioni bajo la premisa del “Imaginar/hacer. Ficciones y fricciones teórico-críticas”. Me gusta creer que hasta Borges hubiese sido feliz con nuestro karaoke. Me sonrió al recordarme ejecutando la clave del agogó con un tenedor sobre una botella de cerveza vacía. Felicidad para invertir con amor los versos, discusiones, los intercambios, las lecturas, protocolos, proyectos, procesos. Poder desentonar en grupo y, a la vez, que ese fuera de tono no desentone ha compuesto los acordes de la risa larga de todos estos años. Por último, recuerdo con admiración una biblioteca altísima, circular. También en ello se perfilaba una potencia de la curva. En un soporte central, acomodado sobre un escritorio, un libro de Simmel que era una traducción en proceso. Refirió, luego, a uno o dos amores en alemán porque le preguntamos. Vimos el paso callejero de unas estudiantes inquilinas hacia una casa que cruzaba el patio. Mencionamos a los hijos como presencias crecidas y crecientes, cuidadosos rebrotes externos que llevan y traen la vida. La música

sonó siempre de fondo como un volumen o un magma que daba cuerpo a todas las otras capas de vida. Una humanidad integrada orgánicamente como forma a un ritmo que parecía no costar trabajo. La sonrisa imperturbable de Caco, la cadencia del hombre que sabe, ya, para siempre quien es.



Este texto está licenciado com uma Licença Creative Commons Atribuição 4.0 Internacional.